

# Café con gotas



«Parece muy probable que los escritores busquen en el café un estimulante para espabilar las ideas que, tan a menudo, se resisten a comparecer amedrentadas por el abismo de un folio en blanco»

**C**UANDO UN MAGNÍFICO ESCRITOR, buen amigo, subía cierta frase a su perfil de Facebook, «Voy a buscar un café a la máquina», todos sabíamos que se había impacientado con algo. La máquina está en la redacción de un periódico. Algunos días repetía la misma entrada cerca de una decena de veces, quizá más. Estos últimos años ha dejado de hacerlo y mi recuerdo se limita a una impresión, quizá falsa, porque como paseo y paseaba muy poco por los jardines de las redes sociales, es probable que no acudiera tanto a la máquina. En cualquier caso, me hacía gracia cuando veía la frase, como una señal de advertencia o de petición de auxilio, y pensaba: «**Ramón** anda hoy de mal café».

Algo pasa entre los escritores y el café: una complicidad, una cercanía, una dependencia mucho más frecuente, o al menos más explícita, entre los escritores que entre las escritoras, me parece. Salvo algunas excepciones que, como es lógico, empiezan por mi querida **Isak Dinesen-Karen Blixen**, que se dedicó a cultivar cafetales en las colinas de Kenia.

Además, una cierta propensión natural de los escritores hacia los cafés se tradujo en que muchos los convirtieran en sus lugares de trabajo y casi en una segunda vivienda o, como poco, en su sala de estar. **César González Ruano**, por ejemplo, llegaba al Gijón, pedía recado de escribir, despachaba el artículo del día —varios, a veces— y anunciaba: «¡Ya estoy escrito!». Es decir, ya podemos empezar la tertulia.

En las capitales europeas —y supongo que ocurrirá lo mismo en todas partes— abundan los cafés ungidos por la frecuentación de algún gran escritor: desde A Brasileira,

donde escribía **Pessoa**, en el Chiado lisboeta y que luce estatua de don **Fernando** justo enfrente, hasta las rutas de cafés de **Cortázar** en París o las de tantos otros en Praga, Viena o Madrid. Hay cafés con escritor residente y mesa fija, como **J. K. Rowling**, otra excepción femenina. Pero también abundan los que deambulan de uno a otro, como **Claudio Magris** que, de todos modos, escribe en el Caffè San Marco cuando está en Trieste, donde ya se sentaba, por ejemplo, **James Joyce**. Y ya en otro nivel, habría que consignar el caso de **Ernest Hemingway**, que parece haberse emborrachado en buena parte de los cafés y bares del planeta, si atendemos a los que presumen de haberle acogido como parroquiano.

Merecen párrafo distinto los que escriben en cafés porque les gustaría ser escritores o, al menos, aparentarlo. Pero el café, como ocurre con el hábito y el monje, no hace al poeta.

Las empresas que comercializan café, y los propios establecimientos, explotan en su publicidad esta identificación con lo literario. Muchas marcas la subrayan en sus páginas web o en los blogs que promueven. **Honoré de Balzac** figura como el cafetero más socorrido, porque no solo presumía de beber unas cincuenta tazas al día —más de dos por hora, suponiendo que nunca durmiera—, sino que, encima, mascaba granos de café entremedias. Otra de las referencias preferidas es **Johann Wolfgang von Goethe** al que algunos, además de considerarlo como el escritor alemán más universal y un cafetero empecinado, le atribuyen el descubrimiento de la mismísima cafeína.

Parece muy probable que los escritores busquen en el café un estimulante para espabilar las ideas que, tan a menudo, se resisten a comparecer amedrentadas por el abismo de un folio en blanco. O solo para aguantar sin levantarse de la silla, tentación tremenda, supongo que especialmente para los escritores noctívagos, que abundan casi tanto como entre los estudiantes. Otros prueban a salir de la esterilidad creativa apoyándose en los efectos del alcohol o de ciertas drogas o viviendo una vida desarreglada —ellos creen que bohemia— donde pierden la salud y raramente ganan una historia para contar. Decía **Francisco Umbral** que había dejado de escribir borracho cuando se dio cuenta de que se le ocurrían las mismas tonterías que cuando escribía sobrio. Pero sobrio o borracho, escribía cosas que a mí no se me ocurrirían ni dopado.

**Paco Sánchez** [Com 81 PhD 87] es periodista y profesor titular de la Universidade da Coruña.

@pacosanchez